



ESTAR Y NO ESTAR, ESA ES LA CUESTIÓN

Damos por hecho que todo va a seguir su curso. Programamos el futuro, pinchado en el corcho de clase con su chincheta roja. Todo controlado.

De pronto, todo se para. Ausencia con querencia de estar donde habitualmente estamos. La imprevisibilidad de la vida, de nuevo, haciendo un recordatorio.

Imagino mi aula en la quietud de las 9 de la mañana. Llamadas, mensajes. A veces la irrupción de un quiebro en la salud se hace paso a empellones. Y hay que rehacerse, en un baile desacostumbrado que tiene las persianas de clase bajadas. El silencio como música.

En un chasquido, lo que era común se vuelve extraño. Me da un regusto a metal en la boca. Me gusta estar en la escuela.

A veces ocurre, el cuerpo manda. Siempre ocurre, pero cuesta verlo...

Toca retirarse, por un tiempo, corto.

Estoy y al mismo tiempo no estoy. La paradoja del hecho de ser, simplemente, humana.

El tiempo se vive de otra manera en este eje que se mueve entre coordenadas que marcan el hecho de no ser imprescindible, aunque para mí, la escuela sí lo sea.

Echar el freno de mano de manera tan violenta, me hace desear, con más fuerza, ser consciente de la maravilla que es ver el paisaje moverse ante nuestros ojos. Lo cotidiano ahora es melancolía.

Conectar con la fragilidad del cuerpo y su finitud es uno de los grandes aprendizajes que se pueden atisbar en momentos de vulnerabilidad. Ahora, más que nunca, ya que pandemia mediante, cuidarse es cuidar.

Aún con el estupor del frenazo en seco, estoy, aunque no en presencia. Y el reencuentro será, confío, más consciente de la suerte que tengo de ser maestra.

Mar Celadas